

Pensando sobre China.

Capitalismo, socialismo y lucha de clases¹

Paul Burkett*
Martin Hart-Landsberg**

Resumen

La transformación económica de China ha impresionado al mundo. El país se ha convertido en uno de los mayores exportadores de manufacturas del planeta y en una de las mejores oportunidades para la inversión de las corporaciones transnacionales, al mismo tiempo en que supuestamente arranca a cientos de millones de personas de la pobreza. Como resultado, analistas pertenecientes a una amplia franja del espectro político han abrazado la estrategia de reformas de mercado de China, promoviénola como modelo para otros países.

Políticamente, los rasgos fundamentales de este consenso sobre China son su visión desde arriba del cambio socioeconómico, y la visión idealizada de los mercados y del proceso de reformas. Tanto la derecha como la izquierda acuerdan en que el éxito del proceso de desarrollo de China refleja la sabiduría de los líderes en el gobierno. Esto ayuda a explicar las reiteradas alabanzas a la "astucia" del liderazgo chino. Al mismo tiempo, ambos grupos reconocen que el rápido desarrollo económico de China ha generado problemas económi-

Abstract

[Meditating on China. Capitalism, Socialism and Class Struggle]

China's economic transformation has impressed the world. This country has become one of the major exporters of manufactured goods the world over; it is also seen as one of the best investment opportunities by transnational corporations while millions of people assumedly cease to be poor. Consequently, different analysts from a wide range of the political spectrum have embraced China's market reform strategies and have promoted them as models to be followed by other countries.

Politically, the main features of this consensus on China are a bird's view of socioeconomic change and an idealized view of the markets and the reform process. Both right and left wings coincide about the fact that the success of China's developing process reflects the wisdom of the leaders in power. This helps to explain the reiterated appraisal of the "shrewdness" exhibited by the Chinese leadership. At the same time, both groups admit that the fast economic development of China has generated social and economic problems: macro-

*Profesor de Economía en la Indiana State University.

**Profesor de Economía en la State University of Oregon. Director del Programa de Economía Política en el Lewis and Clarke College, Portland, Oregon.

1. Publicado originalmente en *Critical Asian Studies*, v. 37, n°3, 2005, pp. 434-436, bajo el título "Thinking About China. Capitalism, Socialism, and Class Struggle".

cos y sociales: inestabilidad macroeconómica, desigualdad creciente, fallas en los sistemas educacional y sanitario, empeoramiento de la polución ambiental, y así. Pero tienden a ver estas fallas y padecimientos en gran medida como síntomas de carencias en la institucionalización del proceso de mercantilización, no como productos orgánicos de este mismo proceso.

Palabras clave: Transformación China. Desarrollo económico. Analistas políticos. Lucha de clases.

economic instability, increasing inequalities, failures in the public health and educational systems, worse pollution and ecological conditions, and others. To a large extent, they rather see such failures and suffering as symptoms of insufficient institutionalization of the commercialization process, instead of seeing them as organic products of the mentioned process.

Key Words: China's transformation. Economic development. Political analysts. Class struggle.

La transformación económica de China ha impresionado al mundo. El país se ha convertido en uno de los mayores exportadores de manufacturas del planeta y en una de las mejores oportunidades para la inversión de las corporaciones transnacionales, al mismo tiempo en que supuestamente arranca a cientos de millones de personas de la pobreza. Como resultado, analistas pertenecientes a una amplia franja del espectro político han abrazado la estrategia de reformas de mercado de China, promoviénola como modelo para otros países. Los disensos sobre política existen, pero versan largamente sobre la secuencia y ritmo apropiados del proceso de reformas. Los conservadores abogan por un dismantelamiento más rápido de las barreras a la libre operación de las fuerzas del mercado, internas y externas: los progresistas claman por precaución en orden a evitar la repetición de los desastres de las “terapias de choque” acaecidos en la URSS. De manera significativa, a pesar de sus diferencias sobre el ritmo deseado de la reforma, muchos en la derecha y en la izquierda comparten ahora, basados fundamentalmente en la experiencia china, la visión de que las reformas de mercado y la inserción en la economía capitalista global pueden, gestionadas de manera apropiada, ofrecer tremendas oportunidades para lograr crecimiento, desarrollo y reducción de la pobreza.

Políticamente, los rasgos fundamentales de este consenso sobre China son su visión desde arriba del cambio socioeconómico, y la visión idealizada de los mercados y del proceso de reformas. Tanto la derecha como la izquierda acuerdan en que el éxito del proceso de desarrollo de China refleja la sabiduría de los líderes en el gobierno. Esto ayuda a explicar las reiteradas alabanzas a la “astucia” del liderazgo chino. Al mismo tiempo, ambos grupos reconocen que el rápido desarrollo económico de China ha generado problemas económicos y sociales: inestabilidad macroeconómica, desigualdad creciente, fallas en los sistemas educacional y sanitario (en especial en las áreas rurales), empeoramiento de la polución ambiental, y así. Pero tienden a ver estas fallas y padecimientos en gran medida como síntomas de carencias en la institucionalización del proceso de mercantilización, no como productos orgánicos de este mismo proceso.

De manera natural, los conservadores prefieren que China se modernice al estilo de los EEUU y que construya con éstos relaciones de cooperación, en tanto que los progresistas defienden la emergencia regional y global de China como un bienvenido contrapeso al capitalismo norteamericano de estilo neoliberal y militarizado. Sin embargo, ambos grupos ven a una modernización y democratización continuas como resultados naturales del desarrollo económico del país, dirigido por el mercado. Esta perspectiva compartida explica por qué los admiradores de-rechistas e izquierdistas de China tratan generalmente a las crecientes luchas anti-reformas de mercado de los trabajadores chinos como disruptivas y amenazantes para el futuro del país. Implícita en esta perspectiva está la creencia de que no

existe potencial positivo alguno en las luchas populares que pueda aportar alguna enseñanza a nuestras concepciones básicas del desarrollo o la política.

Otro elemento importante que subyace al consenso sobre China es la aceptación compartida de la nación como la unidad primaria de análisis. En otras palabras, los éxitos de países individuales (como el de China) no son visualizados en conexión orgánica a los fracasos de otros países (por ejemplo, a la Crisis Asiática de 1997-1998). Más que combinar estas experiencias nacionales en una visión del capitalismo en tanto inédito sistema de desarrollo orgánico, global, la aproximación de consenso tiende a conducir a un énfasis en la formulación de políticas desafortunadas como la explicación de los fracasos individuales de los países. Se presume que si todos los gobiernos adoptasen políticas similares a las chinas, entonces todas las naciones podrían sostener su desarrollo. Una consecuencia resultante de este enfoque es que el sistema capitalista escapa al examen crítico.

Desde una perspectiva marxista, estos aspectos metodológicos problemáticos del consenso de izquierda y derecha sobre China poseen una base común: el fracaso en dar cuenta de las raíces alienantes y de explotación de clase del mercado y del desarrollo conducido por el mercado y, como corolario, el fracaso constituido por la imposibilidad de ponerse del lado de los trabajadores en la lucha de clases, y de considerar el desarrollo desde su punto de vista. Corregir este fallo nos da un retrato muy diferente de la experiencia china, un retrato que pinta la actual restauración del capitalismo y el disparo resultante de los costes social y ecológico.

El énfasis de consenso en las opciones de la elite está justificado en un aspecto: la decisión de conducir al país en una dirección procapitalista fue una decisión a cargo del liderazgo del Partido Comunista. Existía un malestar creciente entre los trabajadores al momento en que Deng Xiaoping sucedió a Mao Zedong, un malestar orientado en torno a los desequilibrios del sistema de producción e inversión en China. Sin embargo, no existía un movimiento de masas que buscara solucionar estos problemas a través de las fuerzas del mercado y de la empresa privada. Antes bien, muchos campesinos, trabajadores e intelectuales, y sus portavoces en el Partido, estaban llamando a una renovación socialista, pero con mecanismos de toma de decisión más democráticos, cooperativos y de base en las arenas económicas, políticas y culturales. Deng y su facción en el Partido se encontraron amenazados por esta respuesta, y vieron en la mercantilización parcial una alternativa segura a la misma. Esto no fue establecido de manera abierta, por supuesto. Las reformas de mercado fueron presentadas en cambio como una aproximación más estable y efectiva para la renovación socialista que cualquier otra estrategia orientada por las bases, que pusiera a "la política al mando".

No obstante, si bien puede haber existido una decisión de la elite del Partido para dar inicio a la mercantilización, los imperativos del mercado se volvieron rápidamente incontrolables. Cada etapa en el proceso de reformas generaba nuevas

tensiones y contradicciones que podían ser resueltas únicamente a través de una expansión ulterior del poder del mercado (dado el sesgo de la elite en contra de las alternativas centradas en los trabajadores y en la comunidad). La “pendiente” de las reformas condujo así a una confianza cada vez mayor en el mercado a expensas de la planificación, y a privilegiar a las empresas privadas sobre las empresas estatales y, de manera creciente, a privilegiar a las empresas extranjeras y a los mercados por sobre las empresas nacionales. La dirección general del proceso de reformas es apprehendida a través de las siguientes tendencias: la parte de las empresas estatales en el producto industrial cayó desde el 64 por ciento en 1995 al 30 por ciento en 2002, al tiempo que la participación de las empresas extranjeras crecía hasta el 34 por ciento; la mano de obra industrial cayó en 15 millones de personas para el mismo periodo; la tasa real de desempleo urbano, en oposición a la oficial, se encuentra ahora en dos dígitos; cayeron los salarios reales en la industria a lo largo de la última década; la diferencia entre el ingreso urbano y el rural, otrora una de las más bajas, es ahora una de las más altas del mundo; la parte de las exportaciones producidas por empresas extranjeras creció del 17 por ciento en 1990 al 51 por ciento en 2001; y la dependencia del país respecto de las exportaciones ha crecido hasta el punto en que su incremento compuso el 74 por ciento del crecimiento económico total de China en 2002.

Los rasgos específicos de la dialéctica de la reforma no pueden ser desarrollados aquí por completo (ver, para un panorama al respecto, nuestro libro *China y el Socialismo*), pero sí podemos subrayar algunos de sus elementos principales. Primero, la creciente inclinación hacia el mercado y los incentivos bajo la forma del beneficio han implicado una creciente importancia de la cuenta de pérdidas y ganancias en la evaluación de la eficiencia empresarial. Dado que las empresas estaban cargadas con altas imposiciones fiscales, como así también con la responsabilidad de proveer empleo, inversión y beneficios sociales a sus empleados (retiro, alojamiento, cuidados sanitarios), aparecían como crecientemente ineficientes frente a las empresas privadas. Por la misma razón, estas últimas crecieron mucho más rápido que las estatales. En segundo lugar, la imposición de las políticas de “racionalización” del empleo en las empresas estatales (contratos de trabajo, por ejemplo) para promover una mayor eficiencia de mercado alentó los despidos de trabajadores y la importancia de la empresa privada para la creación de empleo. Tercero, la decreciente rentabilidad de las empresas estatales llevó a un creciente volumen de deudas empresariales impagables, que condujeron a la privatización de las empresas estatales como medio para que el gobierno se descargase de estas deudas e incrementara sus ingresos. Cuarto, la privatización alentó la creciente inclinación a los inversores extranjeros, quienes a menudo fueron los únicos con los recursos financieros suficientes como para adquirir las empresas estatales seleccionadas. Quinto, la creciente resistencia de los trabajadores y gerentes -y los

comportamientos guiados por el beneficio- resultaron en un gran apoyo estatal a la organización extranjera de la producción, como medios para vencer esta resistencia. Sexto, la creciente desigualdad y sobreproducción generadas por la mercantilización implicaron un nuevo énfasis en la exportación si se deseaba continuar con el crecimiento acelerado; y este nuevo énfasis implicó una aún más grande inclinación hacia las empresas extranjeras, en especial en el segmento de alta tecnología. Séptimo, la creciente centralidad de las exportaciones y de la inversión extranjera significaron que el crecimiento de China dependiera cada vez más del acceso al comercio global y a los acuerdos de inversión, sobre todo a la OMC, lo cual hubo de intensificar a su vez la liberalización de mercado, la privatización y las presiones hacia la exportación.

En síntesis, sin negar la importancia del mero interés de clase, la dinámica clave que condujo la transformación de China ha sido la orientación incremental de las opciones de política hacia direcciones procapitalistas y promercado. Los resultados han sido la creciente alienación de las prioridades económicas de las necesidades y capacidades de las bases, y una erosión de la capacidad del estado para planificar y dirigir la actividad económica, reforzando ambos elementos la creciente dependencia respecto a los mercados, la empresa privada, el capital extranjero y las exportaciones. Dadas estas dinámicas inexorables, es poco sincero por parte de los admiradores progresistas del modelo chino el proclamar con confianza que los líderes iluminados del Partido irán a implementar políticas regulatorias y de bienestar social, capaces de aliviar los costos humanos y ambientales de los comportamientos conducidos por el mercado y la ganancia. La realidad es que el proceso de reformas ha erosionado progresivamente la motivación y capacidad de una elite del Partido cada vez más burguesa para formular e implementar políticas de ese estilo como contrapeso. Más aún, el creciente desempleo, la inseguridad económica, la desigualdad, la explotación intensificada y las condiciones declinantes de la seguridad y la educación para la mayoría no afortunada en China no son sólo inseparables de los logros económicos del país: fueron y son precondiciones esenciales de esos logros.

No sorprende ver a los economistas conservadores del Banco Mundial anunciar masivas reducciones de la pobreza, basados en el creciente porcentaje de la población china cuyos ingresos monetarios superan el dólar o los dos dólares diarios. Lo que resulta chocante es que tantos progresistas, y aún algunos marxistas, se hagan eco de estos anuncios. Dejando de lado las grandes distorsiones en la información estadística oficial de China y las conversiones de poder adquisitivo altamente deficientes que subyacen detrás de estas cifras de reducción de la pobreza, no tiene sentido afirmar que la gente ya no es más pobre, sea cual fuere su ingreso, si no puede acceder a una vivienda a precio razonable, al cuidado sanitario, a la jubilación y a la educación. Y las privaciones masivas de los trabajadores y campesinos respecto a

estas necesidades básicas fue un resultado directo de la disolución de las comunas y de las reformas en el sistema de empleo de las empresas estatales.

Las cifras oficiales de reducción de la pobreza enmascaran también la situación de deterioro creciente de las mujeres trabajadoras, que cargaron con un mayor porcentaje de los despidos en las empresas públicas, sufriendo además bajo las reformas de mercado periodos más largos de desempleo en comparación con los hombres, peores trabajos y discriminación salarial. Además de padecer en mayor medida que los hombres la destrucción de la red de seguridad social, que incrementó para ellas la carga de trabajo doméstico (el cuidado de los niños y de los ancianos, por ejemplo) desmejorando así su posición competitiva en los mercados de trabajo, e incrementando su dependencia respecto al ingreso masculino. Las tareas domésticas femeninas, expandidas y no compensadas -resultado de la reversión del progreso hacia las relaciones socialistas de producción- son completamente ignoradas en las estimaciones oficiales de reducción de la pobreza.

En el nivel de la política práctica, es obvio que el acuerdo de la izquierda con el consenso sobre China sólo puede tener un impacto desastroso sobre la solidaridad internacional de los trabajadores. Aquellos que admiran las políticas “inteligentes” de reforma llevadas a cabo por la elite del Partido en China están apoyando de manera implícita los esfuerzos realizados por esa misma elite para reprimir y fragmentar la oleada de resistencia obrera a la restauración capitalista en China, oleada que se encuentra en lento y sostenido crecimiento. Lejos de la modernización “inteligente” o realista, aquélla elite y sus partidarios a nivel internacional se encuentran del lado del atraso en la Historia -el lado que declara que “no hay otra alternativa” al mercado y al beneficio privado como los principios básicos de organización de la vida económica y cultural. En la medida en que este pensamiento elitista es presentado como un nuevo “realismo socialista”, sólo puede sembrar confusión y suspicacia entre los activistas obreros y de las comunidades acerca de las motivaciones de los socialistas internacionales, y aún respecto del significado del socialismo mismo.

La transformación económica de China no sólo ha venido a un alto costo para el pueblo trabajador en el país: ha intensificado además (al tiempo que se ha beneficiado de) las contradicciones del desarrollo capitalista en otros países, en especial en el Asia Oriental. El crecimiento de China, cada vez más dirigido por las exportaciones, está incrementando las presiones competitivas y las tendencias a la crisis a lo largo de la región. Por ejemplo, la emergencia de China como plataforma líder de exportación para el capital transnacional acentuó en gran medida la sobreproducción que constituyó el núcleo de la Crisis del Asia Oriental de 1997-1998. La proeza del crecimiento exportador de China está trayendo en la actualidad una reestructuración aún más profunda de la actividad económica en el Asia Oriental. Los logros de las exportaciones chinas en los mercados de los países capitalistas

avanzados, en particular en el mercado norteamericano, están expulsando a las exportaciones de otros países productores del Este Asiático. Éstos han respondido reorientando sus exportaciones hacia la producción de insumos a utilizar por las corporaciones transnacionales que operan en China. Así, toda el Asia Oriental está siendo forjada como un régimen de acumulación regional dependiente de la continuidad del éxito chino basado en las exportaciones. El crecimiento, mucho más lento con posterioridad a la Crisis, de los otrora países “milagro” del Asia Oriental, y las presiones competitivas incrementadas que consumen en la actualidad los niveles de vida a lo largo de la región, sugieren que este reacomodamiento de las relaciones económicas regionales es incapaz de promover un proceso estable de desarrollo en el largo plazo. Entretanto, la explosión exportadora de China ha estado ligada a la declinación de las economías japonesa y norteamericana y al insostenible déficit comercial de los Estados Unidos y se ha visto acentuada por estos procesos, que constituyen las dos principales fuentes de desbalances y potenciales depresiones en la economía capitalista global contemporánea.

En pocas palabras, en tanto que la búsqueda de modelos de desarrollo nacional basados en criterios de competitividad sugiere que otros países pueden conseguir éxitos como el de China a partir de la adopción de políticas económicas similares, esto resulta verdaderamente una falacia argumental. El crecimiento de China ha sido igualmente causa y efecto de los problemas crecientes que registran otras naciones de la periferia en la recepción de IED y en el crecimiento dirigido por las exportaciones, junto con las contradicciones de la maduración capitalista en los Estados Unidos y otros países desarrollados. La competitividad de las exportaciones chinas no debe ocultarnos el hecho de que su industrialización acelerada ha sido parte de un conjunto compuesto por el desarrollo desigual y la sobreproducción generados por el capital a escala mundial. Ignorar esta dinámica más amplia es tomar el contexto capitalista global como un constreñimiento predeterminado y natural en las visiones y políticas del desarrollo.

Afortunadamente, los trabajadores en China y en el resto del Asia Oriental siguen oponiéndose a los intentos realizados por sus propios Estados de deteriorar sus condiciones de vida a fin de conseguir una mayor competitividad nacional. Por ejemplo, a pesar de la intensa represión gubernamental y la manipulación ideológica, los trabajadores chinos están resistiendo los recortes en salarios, pensiones y beneficios sanitarios; los agricultores chinos se encuentran en tanto luchando contra los impuestos explotadores y las apropiaciones de tierras llevadas a cabo por los sectores capitalistas privados y por aquéllos ligados al gobierno. A lo largo del Asia Oriental, los movimientos populares han evitado que los capitalistas, sus gobiernos y el FMI cargaran todos los costos de la crisis de 1997-98 sobre los trabajadores y sus comunidades. Las bases y los movimientos obreros en Indonesia y Corea del

Sur continúan presionando por el cambio democrático y por su extensión desde las esferas política y cultural a la esfera socioeconómica.

Si estas luchas confluyen, la capacidad de los trabajadores para divisar formas de desarrollo regional basados en las necesidades humanas y pelear por ellas, será reforzada en gran medida. En esta vinculación, la transformación capitalista de China ha servido para unir a los trabajadores chinos y en el Asia Oriental en unas redes transnacionales comunes de inversión, producción, comercio y finanzas, sujetándolos así a un conjunto común de presiones competitivas. Así, el desarrollo capitalista desigual está creando una base común para que las luchas articuladas a escala nacional se fundan en un movimiento regional desde abajo, que presione por unas relaciones económicas más centradas en los trabajadores y la comunidad.

Los socialistas, dentro y fuera del Asia Oriental, pueden colaborar con esta ampliación y profundización de la lucha de los trabajadores y la comunidad a través de la desmitificación de todas las ideologías apoloéticas del desarrollo capitalista, incluyendo al liberalismo y al así llamado socialismo de mercado. Esto implica el desvelamiento de la explotación y alienación de clase que reside en el núcleo de las políticas de privatización y mercantilización, y el destierro del mito que niega alternativas al mercado. De hecho, la provisión pública y colectiva de la salud pública, la educación, la vivienda, el transporte, el agua, la energía eléctrica, el usufructo de la tierra, y muchos otros servicios básicos se ha probado ya como más efectiva en términos de costos (si consideramos la proporción de satisfacción de necesidades por costo unitario) que su administración privada y basada en el mercado, en un amplio espectro de circunstancias. Esto explica la profunda oposición popular a las políticas de privatización y mercantilización, en un igualmente amplio abanico de configuraciones nacionales. El desafío es poner a este sector público bajo un estrecho control de los trabajadores y la comunidad, y extender desde allí ese control hacia otras actividades. Esta extensión puede y debe estar iluminada por estudios acerca de esfuerzos previos de control obrero de la producción y autogestión –una historia que ha sido eliminada o distorsionada por la prensa capitalista y por la ciencia social hegemónica.

Los socialistas necesitan también involucrarse críticamente en las luchas populares existentes a favor de la mejora de las condiciones de trabajo y de vida, aún cuando éstas no demanden de manera explícita el control obrero y comunal sobre la producción y la inversión. Los límites y los potenciales revolucionarios ocultos de estos movimientos necesitan ser estudiados e interpolados en un proceso de vinculación entre las luchas reformistas y transformaciones económicas estructurales, que transformen a la producción, el intercambio y la distribución en acuerdo con los valores de uso, frente a los requerimientos explotadores y destructivos de la acumulación monetaria competitiva. En síntesis, lejos de socavar la relevancia del

marxismo, la experiencia china destaca su importancia crítica como marco para la comprensión y la superación de las dinámicas del capitalismo contemporáneo.

Traducción: Gustavo Santillán